

XXVII

Cuando la Galli llegó á su casa, buscó en el acto y recogió los trabajos de la niña, con la esperanza de que en cuanto los tuviese en su poder, el pobre Orveggi no volvería por la escuela; y por la tarde, viéndolo en el sitio acostumbrado, se los presentó. Los cogió y besó el paquete como un tesoro, los metió en el pecho, apretándolo varias veces con la mano para asegurarse de que no se le habían escapado; y luego viendo pasar á Georgina, la llamó, la besó en la cabeza, como por la mañana preguntándole:

—¿Te acuerdas de Julia? ¿La querías mucho? ¿La quieres todavía? ¡Querida niña mía!

Y le echó en el bolsillo un regalito. Y después de esto, en lugar de dejar á la maestra, con gran pesar de ella y sin pedirle siquiera permiso, se puso á su lado en la calle, y la acompañó, en la disposición ordinaria

suya, con la cabeza baja y los brazos caídos; hablando á intervalos con voz fatigosa. Aquella mañana había ya estado en el Campo-Santo. Iba todos los días y se estaba un gran rato. Le dolía que llegada la hora le echasen fuera, contaba con eludir la vigilancia de los guardianes para poder pasar allí una noche y dormir sobre la fosa de su hija. De pronto prorrumpió en una de sus exclamaciones desesperadas:

—¡Oh, pobre hija mía! ¡Pobre angelito mío, que estás debajo de tierra!

La gente que pasaba se le quedó mirando. La maestra llena de compasión trató de consolarle.

—Hábleme usted de mi hija, —le dijo.

Le habló la Galli entonces recordando algunas cosas de la escuela, con miramiento para no desgarrarle el corazón más, y él escuchaba con atención profunda, como escucha un moribundo las palabras de un confesor. Cuando llegaron á la puerta de la casa de ella, tal ímpetu de agradecimiento inundó su alma, que exclamó con infinita dulzura:

—¡Usted ha querido mucho á mi hija, usted es un alma bondadosa, es como si fuera usted ahora su madre para mí! ¡Dios la bendiga!

XXVIII

Desgraciadamente no había concluído con esto. Todos los días, á veces mañana y tarde, volvía á la escuela y acompañaba á la maestra del mismo modo.

—¡Hábleme de mi hija!—repetía siempre—¡cuénteme otras cosas, digámelo todo, vuélvame á decirme lo que ya me refirió; mientras usted me hable de ella casi llego á creer que no ha muerto!

Y la maestra le repetía las mismas cosas que le renovaban los dolores. Él, por su parte, contaba pasos sobre cosas de la hija, á partir de su primera infancia, pero deteniéndose el pobre con una especie de vergonzoso temor, siempre que la conversación fuese á recaer directamente sobre la madre. En aquel instante cortaba en redondo el discurso y se anublaba su semblante. Mas un día al llegar á uno de esos pasos,

dejó escapar una exclamación dolorosísima:

—¡Ah, si usted supiera! ¡si usted supiera!—y miró fijamente á la maestra, en cuya mirada pareció comprender que ella sabía mucho.

Y desde entonces ya no tuvo tanta prudencia para tratar el asunto; pero hablando siempre en términos vagos, de una gran lucha en la que día por día había él ido perdiendo terreno, sin darse cuenta de ello, y diciendo cada vez más de él que de ella, de modo que por otra parte se pudiese entender todo: su vida monótona y trabajosa de empleado, en la que por su bondadosa timidez, había sufrido mil injurias, sus veinte años de privaciones y de ahorros, su pasión de hombre maduro por la hija de un fondista, que amorosamente le había asistido en una grave enfermedad, sus primeras desilusiones, y su largo martirio. Y alguna vez exclamaba:

—¡Soy un villano! ¡Soy un villano!

Un día le dijo ya más claramente:

—Pero la niña nada sabía. ¡Oh! estoy seguro. No podía comprender. Yo que lo comprendía todo, todo lo justificaba. Murió sin saber nada, ¿no es verdad, señorita?

—¡Oh! ciertamente,—respondió la maes-

tra.— Ella estaba segura: era imposible que comprendiera...

A esta idea, venía á parar con frecuencia como á su mayor consuelo. La Galli observaba con pena y casi con terror que su dolor no amenguaba en nada de un día para otro, y sentía correr por sus venas frío intenso, siempre que en la calle prorrumpía en una de aquellas invocaciones á su muerta, mirando al espacio como si la estuviera viendo; y también notaba que su conversación de día en día iba siendo más deshilvanada, más lenta, y con una repetición cada vez más obstinada de las mismas palabras. Hubiera querido no tener que tropezar con él. Al salir de la escuela se retrasaba intencionalmente; trataba de pasar sin ser vista. Era inútil, él la agarraba siempre. Un día, la directora, le hizo á la maestra una observación.

—No se aviene bien—le dijo,—que una joven profesora vaya siempre acompañada por un hombre, aunque esto sea por lástima; porque no todos lo saben, ó le dan crédito, aunque lo sepan. Trate de evitarlo.

XXIX

Otro pensamiento la tenía llena de angustia.

Desde los primeros días, después de la vuelta del señor Orzeggi, había visto alguna vez á la mujer del mozo de cuerda en conversación con él en la calle. Un día vino la niña con un vestido nuevo á la escuela, demasiado fino y vistoso para su condición; otro día con dos pendientes que habían atraído la atención de la clase; y durante la lección se echaba algo á la boca á escondidas: sin duda, algún dulce. La maestra comprendió que su madre especulaba con la simpatía de aquel pobre hombre: debía haberlo llevado á su casa para moverlo á piedad con el espectáculo de la miseria: desde hacía algún tiempo aparecía más alegre y más contenta que de costumbre. ¿Si en una de sus expansiones de beoda le habría revelado el secreto?

De tal suerte le llenó de zozobra este temor que un día abordó resueltamente á la mujer para hacerle repetir su solemne promesa; y ella la repitió golpeándose con una mano en el pecho. La Galli, sin embargo, no se quedó nada tranquila, pues veía en los ojos falsos de ella algo de siniestro, el goce animalesco del hambriento que ha puesto su garra sobre una presa; y peor aún que un goce, una sombra de celos de que ella quisiera mezclarse en sus asuntos, y casi una sospecha de que también la maestra, por su parte, se beneficiara en algún modo de aquel desgraciado. Por esto creció todavía su inquietud, y se hizo más viva y más triste al ver cómo cada día Orveggi se iba relacionando con ella más estrechamente. Él se quedaba absorto largo rato contemplándola con una expresión tan profunda y respetuosa, y con tan tierna gratitud, que la conmovía hasta el fondo de su alma. Un día le pidió que fuera al Campo-Santo con él, con tal humildad y con un acento tan vivo de súplica que no tuvo otro remedio sino prometerle que iría. Cuando ellá repetía por décima vez las mismas cosas de la niña, cruzaba las manos como si estuviera oyendo la voz de una santa.

—Digamelo otra vez —le pedía,— digamelo otra vez.—Y de día en día él iba hablando cada vez menos y más ella.

Se ponía pegado hasta tocarla con el codo, é iba andando sin quitarle ojo, y respirando su ambiente como si ella tuviera el perfume de su hija ó llevase bajo sus ropas algo que quisiera descubrir ú obtener. Veíasele más obediente; hacía esfuerzos por contenerse con la sumisión de un niño cuando la maestra le amonestaba, para que no prorrumpiera en exclamaciones apasionadas, echándose á llorar en medio de la calle. Una mañana, muy temprano, oyó llamar á la puerta de su habitación en un cuarto piso: era él: se turbó al verle, pero tuvo que dejarlo entrar: venía con una corona de rosas blancas envuelta en un periódico para ir al Campo-Santo con ella, olvidándose de que ella tenía clase. Y así estuvo un rato mirándola sentado, sin decir palabra, con los ojos grandes y humedecidos como en adoración, y con tan ardiente fijeza, que no pudiendo sostener su mirada se vió precisada á levantarse, simulando que iba á buscar el pañuelo.

Pero con esto su inmenso dolor no se mitigaba, no hacía sino condensarse más y más

en su interior y su salud empeoraba visiblemente. De día en día su respiración se hacía más ahogada, la voz más débil, el llanto más infantil, su persona más abandonada, y más confusas y fugitivas sus ideas, menos la única que parecía ponerse más luminosa y terrible á medida que las otras se desvanecían.



XXX

Una mañana la maestra se encontró sin él á la puerta de la escuela, y esperaba ya verse libre cuando á la vuelta de la primera esquina lo vió asomar y casi correr hacia ella con el semblante tan demudado que el espanto le cortó la respiración.

—¡Lo sabía!—le dijo gritando, cuando llegó á estar delante.

—¡Lo sabía!

La maestra comprendió y se echó á temblar; pero aparentó no entender para tomarse tiempo y rehacerse.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué cosa?

—¡Lo sabía!—repitió el padre con acento de desesperada angustia. —Se lo han escrito en una carta. ¡Por esto se murió! Y fué aquella mañana. ¡Ah! ¡venganza de Dios! ¡El pesar, la vergüenza y su madre son los que la han matado! ¡No fué la enfermedad, fué el martirio!

Y estalló en llanto salvaje.

—¡Oh, Julia mía! ¡Oh, pobre criatura mía!
¡Mi pobre mártir!

La indignación dió fuerzas á la maestra para interrogarle, y con palabras inconexas dijo ó dió á entender todo.

La mujer del mozo de cuerda, cada vez más ávida é interesada en mantener vivo su dolor, en un momento de embriaguez le había dicho que si le daba lo que pidiera, le revelaría un secreto “que era bien que lo supiera para aprender á conocer el mundo.” Él entregó lo que le pidió ella, y ésta le contó todo.

La maestra entonces le cogió las manos, tratando de tranquilizarle, pero él se desentendió, gritando:

—¡Venganza de Dios! ¡Venganza de Dios!

Se alejó con paso vacilante, golpeándose la frente con el puño como un maldito.

La Galli se fué descompuesta, con el corazón euvenenado por el pensamiento de aquella perfidia, y tan agitada por la ira contra aquella mujer, que, si en aquel punto hubiera tropezado con ella, hubiérale roto la cabeza con la llave de la casa.

Por la tarde, en la escuela, la anduvo buscando; pero ella, desconfiando quizá, no se presentó, ni tampoco se dejó ver al día

siguiente. La maestra esperaba atraparla en la mañana del tercer día; no la encontró; en lugar de ella se encontró á las maestras reunidas en el salón de espera, comentando un hecho que publicaba la crónica de la *Gaceta del Pueblo*, con vivísima charla.

Al ver venir á la Galli todas se volvieron.

—Mira, tú—le dijo la Dorini, presentándole el periódico y señalándole el hecho.—No hay más que las iniciales de los nombres; pero se debe tratar del señor Orveggi y del señor Vinini. *C'est du propre*.

La Galli leyó y se inundaron sus ojos de lágrimas; todas las iniciales correspondían. Era Orveggi, sin duda. El funesto descubrimiento le había arrancado de su resignación. Y ciego de furor, había ido en busca de su mujer por todas partes. La había encontrado delante del café de Liguria, la noche antes, del brazo de un señor. Había caído sobre ella como un loco. Ella huyó, y él le había vuelto una bofetada en el rostro, que lo hizo caer boca arriba en el hoyo abierto de una alcantarilla. Los guardias le recogieron, llevándosele á una botica, cubierto de fango y de sangre.



XXXI

Pasó una semana. La Galli no volvió á verlo.

Oyó decir que se había ido de Turín otra vez, y prestó crédito á tal rumor porque no volvió á ver tampoco en la hija del mozo de cuerda, ni el vestido nuevo, ni los pendientes; todo lo cual la madre debía haber vendido, faltándole la fuente de los socorros.

Mas, una tarde, al salir de la escuela, tuvo un espanto nuevo y mayor que los pasados.

Orveggi estaba allí, en su puesto acostumbrado, más consumido, descompuesto y sucio que antes, á quien todos los circunstantes miraban con curiosidad. La maestra, sosteniéndose apenas en pie, pasó por delante de él sin hacer demostración alguna de haberlo visto. Pero se le acercó él, y con la misma dulzura de siempre, mirando en torno suyo, le preguntó:

—¿Dónde está Julia?

Se quedó cortada, pero era menester contestar. Y balbuceó:

—Julia... Julia...—invocando con los ojos auxilio de parte de sus colegas.

Él, sin embargo, después de un momento de reflexión aparente:

—¡Ah, no hacerme caso!... ¡bien sé que está muerta!

Y fuéese acompañando á la maestra como solía hacerlo antes; mas en la primera esquina la dejó de repente como obedeciendo á otro pensamiento. Lo mismo hizo al día siguiente y los sucesivos, en medio de la creciente curiosidad de todos.

La directora llegó á preocuparse y pensó recurrir al municipio. Limitóse luego á advertir á los guardias de orden público para que no le dejasen entrar más.

Entonces dió en ponerse á esperar á la maestra en la acera opuesta frente á la puerta de la escuela, y echando ojeadas furtivas á los guardias, de una timidez infantil. Al salir las alumnas, buscaba con ansiedad entre la multitud como para divisar á la niña. No la encontraba naturalmente, y movía la cabeza, como diciendo:

—Bien lo sé; no está porque ha muerto.

Y advirtiéndole que la maestra mostraba sentir miedo de él, no la acompañó ya más: se contentó con seguirla á cinco pasos de distancia como un perro, mirándola siempre con ternura, murmurando palabras indistintas, en tono lamentoso y lleno de afecto, llamándola algunas veces en voz baja, por su nombre propio:

—Faustina, Faustina.

Cuando llegaba á casa, al entrar ella por la puerta volvía la cabeza para hacerle un compasivo saludo, al que él contestaba acudiendo presuroso á besarle las manos, las mangas, la sombrilla, todo cuanto lograba agarrar antes de que la Galli huyese por las escaleras.



XXXII

Por todas las clases y también fuera de la escuela habían corrido noticias de sus extravagancias. Las alumnas al salir formaban grupos para mirarlo. Los muchachos de la sección próxima comenzaron á formar círculo en torno suyo, y á decir primero muy bajito, después más fuerte: —¡el loco, el loco!— y él los miraba lleno de estupor como si no comprendiera. Era un escarnio que oprimía el alma y que no se podía tolerar delante de una escuela. Una mañana, al fin, se resolvió la directora á reclamar auxilio de la autoridad, los muchachos le tiraron cáscaras de legumbres y pelotas de papel, vociferando, mientras él seguía á la maestra que lloraba bajo el velo: acudieron los guardias; los muchachos huyeron, pero para ir á reunirse en otra parte. Él siguió imperturbable á la Galli hasta su casa, se llegó á ella en el portal, se paró delante en obsequiosa actitud,

y con el semblante que parecía haber recuperado en aquel punto todo su sentido, le dijo con extraordinaria dulzura:

—¿Qué ha de suceder, querida maestra, qué ha de suceder, con una niña sin madre?

Y se quedó fijo mirándola atentamente y en espera de una respuesta. Estaba desesperado tenía cáscaras y pelotillas de papel por entre la camisa y el vestido, la barba llena de pajas y una bondad infinita, una ternura inexplicable en el rostro.

—Querida señora maestra —añadió,—he venido para decirle que quiero casarme con usted, para que mi pobre Julia tenga una madre.

Y alargó las manos para coger las suyas.

La maestra dió un paso atrás, sofocada.

El avanzó...

En este momento una multitud de muchachos se presentó delante de la puerta gritando:

—¡El loco! ¡El loco!

La Galli huyó por la escalera arriba.

Él con voz suplicante y con ambas manos juntas, dijo:

—¡Cásese usted conmigo, maestra! ¡Cásese conmigo! ¡Cásese por mi Julia! ¡Oh, maestra querida! ¡Faustina! ¡Por Dios, Faustina!...

La gritería de los muchachos le cortó la palabra: él se volvió, y la maestra, desde el centro de la escalera, le vió alejarse lentamente por la calle, arrastrando sus pies y bajo una tempestad de cáscaras y voces.

